

LA NOVELA SEMANAL



UN PEON
Por Horacio Quiroga.

PRECIO: 10 Centavos

La Novela Semanal

Administración: **FLORIDA 248 - Buenos Aires**

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: **C. CHECHI**
FLORIDA, 1408

Agente en Rosario: **CELEDONIO ECHAVE**
SAN LORENZO, 1280

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA
E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
2. **La Huelga**, de Hugo West (G. Martínez Zuviria)
3. **Artemis**, de Enrique Larreta
4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
5. **Luna de Miel**, de Manuel Gálvez
6. **La Psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Werther y Don Juan**, de José Ingenieros
8. **El Cofre de Ebano**, de Alejandro Sux

El Lunes próximo se publicará

EL INSTINTO

de **PEDRO SONDEREGUER**

Autor de "El Pensador" y "Los Fragmentarios" publicadas en "La Nación"

SUCESIVAMENTE

11. **La Evasión**, de Benito Lynch
Autor de "Los Garachos de la Florida" publicada en "La Nación"
12. **Un drama en Venecia**, de Julian de Charras

Celebrado escritor argentino y colaborador de:
MUNDO GRAFICO, BLANCO Y NEGRO y LA ESPERA de Madrid

PRECIOS:

Dada la acogida que el público en general, ha deparado a esta publicación y en compensación a los beneficios dispensados, en lo sucesivo ofreceremos los números atrasados al precio de

10 CENTAVOS

SUSCRIPCION UNICA: Por año \$ 5.--

NEOLAXAN

:: LAXANTE TÓNICO VEGETAL ::

Remedio
eficaz
contra la
constipación
intestinal
y las
perturbaciones
digestivas.



Combate
la dispepsia,
fiebres
gástricas, etc.
y evita
la sensación
de peso
en el
estómago
después de
comer.

Pídanlo en todas las droguerías y
buenas farmacias.

DEPOSITARIO GENERAL PARA LA VENTA AL POR MAYOR :

RAUL ALMEIDA

LAVALLE 1059 — U. T. 3316, Libertad — BUENOS AIRES

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

UN PEON

NOVELA ORIGINAL DE

HORACIO QUIROGA

Una tarde, en Misiones, acababa de almorzar cuando sonó la campana. Salí afuera y vi detenido en el portoncito a un hombre joven, con el sombrero en la mano y una valija en la otra.

Hacia 40° fácilmente, que sobre la cabeza crespas de mi hombre alcanzarían a 60°. No parecía sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar, y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad mis mandarinos que, dicho sea de paso, son el orgullo de la región — y el mío.

Le pregunté qué quería, y me dijo que buscaba trabajo. Entonces lo miré con más atención.

Para peón, estaba absurdamente vestido. La valija, desde luego, de suela, y con lujo de correas. Luego su traje, de corderoy marrón, sin una mancha. Por fin las botas; y no

**PIDASE A LOS VENDEDORES DE DIARIOS,
LOS NÚMEROS ANTERIORES**

botas de obraje, sino artículo casi de primera calidad. Y sobre todo esto, el aire elegante, sonriente y seguro de mi hombre. ¿Peón, él?...

—Para todo trabajo — me respondió alegre. — Me sé tirar de hacha y de azada... Trabajé antes de ahora no Foz-do-Iguassú, e fize una plantación de papas.

El muchacho era brasilero, y hablaba una mezcla de portugués-español-guaraní, fuertemente sabrosa.

—Papas? Y el sol? — le observé. — Cómo se las arreglaba?

—Oh! — me respondió encogiéndose de hombros — O sol no hace nada... Tené cuidado usted de mover grande la tierra con a azada... Y dale duro o yuyo! El yuyo es el peor enemigo por la papa.

Véase cómo aprendí a cultivar papas en un país donde el sol, a más de matar las verduras quemándolas sencillamente como al contacto de una plancha, fulmina en tres segundos a las hormigas rubiás, y en veinte a las víboras del coral.

El hombre me miraba siempre y lo miraba todo, visiblemente agradao de mí y del paraje.

—Bueno... — le dije. — Vamos a probar unos días... No tengo mayor trabajo por ahora.

—No importa, — me respondió. — Me gusta esta casa. Es un lugar muito lindo...

Y volviéndose al Paraná, agregó contento:

—¡Oh Paraná do diavo!... Si al patrón te gusta pescar, yo te voy a acompañar a usted... Me tengo divertido grande no Foz com os mangrullús!

Por aquí, sí; para divertirse, el hombre parecía apto como pocos. Pero el caso es que a mí también me divertía, y cargué sobre mi conciencia los pesos que llegaría a costarme.

En consecuencia, dejó su valija sobre una mesita de la galería, y me dijo:

—Este día no trabajo... Voy a conocer el pueblo. Mañana empiezo.

De diez peones que van a buscar trabajo a Misiones, sólo uno se queda en seguida, y es el que realmente está satisfecho con las condiciones estipuladas. Los que aplazan la tarea para el día siguiente, por grandes que fueren sus promesas, no vuelven más.

Pero mi hombre era de una pasta demasiado singular para ser incluido en el catálogo normal de los mensú, y de aquí mis esperanzas. Efectivamente, al día siguiente — de madrugada aún — apareció, restregándose las manos desde el portón.

—Ahora sí, te cumplo... Qué es para hacer?

Le encomendé que me continuara un pozo en piedra arenisca que había comenzado yo, y que alcanzaba apenas a tres metros de hondura. El hombre bajó, muy satisfecho del trabajo, y durante toda la mañana sentí el golpe sordo del pico, y los silbidos del pocero.

Al medio día llovió, y el agua arrastró un poco de tierra al fondo. De tarde sentí otra vez los silbidos de mi hombre, pero el pico no marchaba bien. Me asomé a ver qué pasaba, y vi a Olivera — así se llamaba — estudiando conienzudamente la dirección de cada picazo, para que las salpicaduras del barro no tocaran su pantalón.

—Qué es eso Olivera, — le dije. — Así no vamos a adelantar gran cosa...

El muchacho levantó la cabeza, y me miró un momento con detención, como si quisiera darse bien cuenta de los rasgos de mi cara. En seguida se echó a reír, doblándose de nuevo sobre el pico.

—Está bueno! — murmuró. — Fica bon!...

Me alejé para no romper con aquél peón extraordinario, como nunca había visto otro; pero cuando apenas había dado diez pasos, oí su voz que me llegaba de abajo:

—Já, já!... Esto sí qué está bueno, o patrón!... ¿Entao me voy a ensuciar por mi ropa para hacer este pózo condenado?

La cosa proseguía haciéndole mucha gracia. Entré en casa, y diez minutos después Olivera entraba a su vez, y sin toser siquiera en la puerta, cosa inaudita en un peón. Parecía más alegre que nunca.

—Ahí está el pozo — señaló, para que yo no dudara de su existencia. — ¡Condenado!... No trabajo más allá. O pozo que vosé hizo... no sabés hacer para tu pozo, usted!... Mui to angosto. ¿Qué hacemos ahora, patrón? — y se acodó en la mesa, a mirarme.

Pero yo persistía en mi debilidad por el hombre. Lo mandé al pueblo a comprar un machete.

—Collins, — le dije. — No quiero Toro.

El muchacho se alzó entonces, muerto de gusto.

—Esto sí que es bueno! ¡Lindo, Collins! Ahora sí voy a tener para mi machete macanudo!

Y salió, como si el machete fuera realmente para él.

Eran las dos y media de la tarde, la hora por excelencia de las apoplegias, cuando es imposible tocar una herramienta que haya estado abandonada diez minutos al sol. Monte, campo, basalto y arenisca roja, todo reverberaba, lavado en el mismo tono amarillo ofuscante. El paisaje estaba muerto en el silencio henchido de un zumbido uniforme, sobre el mismo témpano, que parecía acompañar a la vista dondequiera que ésta se dirigiese.

Por el camino quemante, el sombrero en una mano y mirando a uno y otro lado la copa de los árboles, con los labios estirados como si silbase, aunque no silbaba, iba mi hombre a buscar el machete. De casa al pueblo hay media legua. Antes de la hora, distinguí de lejos a Olivera que volvía por el camino, doblado y entretenido en hacer rayas en el suelo con su herramienta. Algo, sin embargo, en su mar-

cha, parecía indicar una ocupación concreta, y no precisamente simular rastros de lagartija en la arena. Salí al portón del camino, y vi entonces lo que hacía Olivera: traía por delante, hacía avanzar por delante insinuándola en la vía recta con la punta del machete, una víbora, una culebra cazadora de pollos.

Esa mañana me había visto trabajar con víboras, *una boa idea*, según él.

Habiendo hallado a la culebra a mil metros de casa, le había parecido muy útil traérmela viva, "para o estudio del patrón". Y nada más natural que hacerla marchar delante de él, como se arrea a una oveja.

—Bicho ruín! — exclamó satisfecho, secándose el sudor. — No quería caminar direito...

Pero lo más sorprendente de mi peón es que después trabajó, y trabajó como no he visto a nadie hacerlo.

Desde tiempo atrás había alimentado yo la esperanza de reponer cinco bocayás que faltaban en la avenida de palmeras alrededor de casa. En esa parte de la meseta el mineral rompe a flor de tierra: bloques de hierro mangánico veteados de arenisca quemada, y tan duros que repelen la barreta con un grito agudo y corto. El peón que abriera los pozos primitivos no había pasado de cincuenta centímetros; y era menester un metro por lo menos para llegar al subsuelo de asperón.

Puse en la tarea a Olivera. Como allí no había barro que pudiera salpicar su pantalón, esperaba que acaso consintiera en hallar de su gusto ese trabajo.

Y así fué, en efecto. Observó largo rato los pozos, meneando la cabeza ante su forma poco circular; se sacó el saco, y lo colgó de las espinas del bocayá próximo. Miró un momento el Paraná, y después de saludarlo con un: — ¡Oh Paraná do diavo! — se abrió de piernas sobre la boca del pozo.

Comenzó a las ocho de la mañana. A las once, y con igual fuerza, sonaban los barretazos de mi hombre. Efectos

de indignación por el trabajo primitivo mal hecho, o de afán de triunfo ante aquellas planchas negro-azulado que daban esquirilas filosas como navajas de botella, lo cierto es que jamás vi una persistencia igual en echar el alma en cada barreta-zo. La meseta entera retumbaba con los golpes, muy sordos ahora porque la barreta trabajaba a un metro de profundidad.

A ratos me acercaba a ver su tarea, pero el hombre no hablaba más. Miraba de vez en cuando el Paraná, serio ahora, y se abría de nuevo de piernas.

Creí que a la siesta se resistiría a proseguir eso bajo el infierno del sol. No hubo tal; a las dos llegó a su pozo, colgó otra vez el sombrero de las espinas de la palmera, y comenzó.

Yo no estaba bien esa siesta, y sin ganas de moverme, desde luego. A esa hora, fuera del zumbido inmediato de alguna avispa en el corredor, y del rumor vibrante y monótono del paisaje asfixiado por la luz, no es habitual sentir nada más. Pero ahora la meseta resonaba sordamente, golpe tras golpe. Debido al mismo estado de depresión en que me hallaba, prestaba un oído enfermizo al retumbo aquel. Cada golpe de la barreta me parecía más fuerte; creía hasta sentir el ¡han! del hombre abierto de piernas, doblándose. Los golpes tenían un ritmo muy marcado; pero de uno a otro pasaba un siglo. Y cada nuevo golpe era más fuerte que el anterior.

—Ya viene — me decía — ahora, ahora... Este va a retumbar más que los otros...

Y efectivamente, el golpe sonaba, terrible, como si fuera el último de un trabajador, cuando tira la herramienta al diablo.

Pero instantáneamente comenzaba la angustia:

—Este va a ser más fuerte todavía... Ya va a sonar...

Y así pasaba en efecto.

Tal vez tuviera un poco de fiebre. A las cuatro no pude más, y fui al pozo.

—Por qué no deja un rato, Olivera — le dije. — Va a quedar loco con eso...

El hombre me miró con una larga sonrisita irónica.

—En tao... vosé no quiere que yo le haga por tus pozos?... .

Y continuaba mirándome, teniendo entre sus manos la barreta como un fusil en descanso.

Me fuí de allí, y como siempre que me sentía en estado anormal, cogí el machete y entré en el monte.

Al cabo de tres horas regresé, sano ya. Volví por el monte del fondo de casa, mientras Olivera concluía de limpiar su pozo con una cuchara de lata. Un momento después me iba a buscar al comedor.

Yo no sabía qué me iba a decir mi hombre, después de la aventura a que lo había dedicado ese horrible día. Pero se plantó enfrente de mí, y me dijo sonriente, señalando las palmeras con orgullo un poco despectivo:

—Ahí tenés para tus bocayás... Así se faz un trabajo!...

Y concluyó, sentándose a mi frente y estirando las piernas sobre una silla, mientras se secaba el sudor:

—Pedra do diavo!... Quedó curubica...

*
* *

Este fué el comienzo de mis relaciones con el peón más raro que haya tenido nunca en Misiones. Estuvo tres meses conmigo. En asuntos de pago era muy formal; quería siempre sus cuentas arregladas a fin de semana. Los domingos iba al pueblo, vestido a darme envidia a mí mismo—para lo que no se necesitaba mucho, por lo demás. Recorría todos los boliches, pero jamás tomaba nada. Estaba en uno dos horas, oyendo hablar a los demás peones; iba de un grupo a otro,

según cambiara la animación, y lo oía todo con una muda sonrisa; pero nunca hablaba. Luego a otro boliche, después a otro, hasta la noche. El lunes llegaba siempre a primera hora, resregándose las manos desde que me veía.

Hicimos asimismo algunos trabajos juntos. Por ejemplo, la limpieza del bananal grande, que nos llevó seis días completos, cuando sólo debiera haber necesitado tres. Aquello fué lo más duro que yo haya hecho en mi vida — y acaso él — por el calor de ese verano. El ambiente de un bananal, a las dos de la tarde, sucio casi hasta capuera; en una hondanada de arena que quema los pies a través de las botas, es una prueba única en la resistencia al calor de un individuo. Arriba, en la meseta de casa, las hojas de las palmeras se desflecaban enloquecidas por el viento norte; un viento de horno, si se quiere, pero que refresca por evaporación del sudor. Pero en el fondo, donde estábamos nosotros, entre las pajas de dos metros, en una atmósfera ahogada y rutilante de nitratos, partidos en dos para machetear a ras del suelo, es preciso tener muy buena voluntad para soportar eso.

Olivera se erguía de vez en cuando con las manos en la cintura, camisa y pantalón completamente mojados. Secaba el mango del machete, contento de sí mismo por la promesa del río allá en el fondo del valle:

—Oh baño que me voy a dar!... Ah, Paraná!

Todas las noches iba al Paraná a bañarse y a pescar. No recuerdo, por lo demás, que haya pescado nunca gran cosa.

*
* *

Al concluir el rozado ese, tuve con mi hombre el único disgusto casi serio a que dió lugar.

En casa teníamos, desde cuatro meses atrás, una sirvienta muy buena. Quien haya vivido en Misiones, en el Chubut

o donde fuere, pero monte o campo, en fin, apreciará el encanto de que vivíamos poseídos con una muchacha así.

Se llamaba Cirila. Era la décima tertia hija de un peón paraguayo muy católico desde su juventud, y que a los sesenta años había aprendido a leer y escribir, y acompañaba infaliblemente todos los entierros, dirigiendo los rezos por el camino.

La muchacha gozaba de toda nuestra confianza. Aún más, nunca le notamos debilidad visible por Olivera, que los domingos era todo un buen mozo. Dormía en un galpón, cuya mitad ocupaba ella, tras tabique. En la otra mitad estaba el taller.

Un día, sí, vi a Olivera apoyarse en la azada, y seguir con los ojos a la muchacha, que pasaba al pozo a buscar agua. Yo cruzaba por allí.

—Ahí tenés — me dijo, estirando el labio — una buena peona para vosé... Buena muchacha! Y no es fea, a rapaza...

Dicho lo cual prosiguió carpiendo, satisfecho.

Una noche tuvimos que hacer levantar a Cirila a las once. Salió en seguida de su cuarto vestida — como duermen todas ellas, desde luego — pero muy empolvada.

Qué diablos de polvos precisaba la muchacha para dormir? No pudimos dar con el motivo, fuera del supuesto de una trasnochada coquetería.

Pero he aquí que una noche, muy tarde, me levanté a contener a uno de los tantos perros que en aquella época rompían con los dientes el tejido de alambre, para entrar. Al pasar por el taller sentí ruido, y en el mismo instante una sombra salió corriendo de adentro hacia el portón.

Yo tenía muchas herramientas, tentación eterna de los peones. Lo que es peor, esa noche tenía en la mano el revólver, pues confieso que el ver todas las mañanas tres o cuatro agujeros en el tejido, había acabado por sacarme de quicio.

Corrí hacia el portoncito, pero ya el hombre bajaba a

todo escape la cuesta hacia el camino, arrastrando las piedras. Apenas veía el bulto. Le grité algo, y disparé los cinco tiros — el primero tal vez con no muy sana intención; pero los restantes al aire. Recuerdo muy claramente esto: la aceleración desesperada de la carrera, a cada disparo.

No hubo más. Pero algo había llamado mi atención: y es que el ladrón nocturno estaba calzado, a juzgar por el rodar de los cantos que arrastraba a la bajada. Y peones que allá calcen botines o botas, fuera de los domingos, son contadísimos.

A la madrugada siguiente nuestra sirvienta tenía perfecto aire de culpable. Yo estaba en el patio cuando Olivera llegó. Abrió el portoncito, y avanzó silbando al Paraná y al cerrito de casa alternativamente, como si nunca los hubiera notado bien.

Le dí el gusto de ser yo quien lo viera primero a él.

—Vea, Olivera — le dije. — Si usted tiene mucho interés en mis herramientas, puede pedírmelas de día, y no venir las a buscar de noche...

El golpe llegaba justo. Mi hombre me miró abriendo los ojos, y tendió una mano al parral.

—Ah, no! — exclamó sacudiendo la cabeza indignado. — ¡Usted sabés muito bien que yo ño robo para vosé! Ah, no! Nao puede vosé decir eso!

—Pero el caso es — insistí — que usted estaba anoche metido en el taller.

—Y sí!... Y si usted me ves en alguna parte... vosé que es muito hombre... sabe bien vosé que yo no me bajo para tu robo!

Y sacudió el parral, murmurando:

—Barbaridade!...

—Bueno, dejemos — concluí. — Pero no quiero visitas de ninguna especie de noche. En su casa, haga lo que quiera; aquí, no.

Olivera quedó un rato todavía sacudiendo la cabeza. Después se encogió de hombros y fué a tomar la carretilla, pues en esos momentos nos ocupábamos en un movimiento de tierra para terraplenar el borde de la meseta.

No habían pasado cinco minutos, cuando me llamó. Estaba sentado en los brazos de la carretilla cargada, y al llegar junto a él dió un gran puñetazo en la tierra, semi-serio:

—¿Y cómo que vosé me prova que yo fuí allá para a minina? ¡Vamos a ver!

—No tengo nada que probar — le dije. — Lo que sé es que si Vd. no hubiera corrido tan ligero anoche, no charlaría tanto ahora en lugar de dormirse con la carretilla.

Me fuí; pero ya Olivera había recuperado su serenidad.

—Ah, esto sí! — exclamó con una carcajada, levantándose a trabajar. — Diavo con o patrón!... Pim! pam! pam!... Barbaridade de revólver!...

Y alejándose con la carretilla vacía:

—Maćanudo, vosé!

Para concluir con esta historia: Esa misma tarde se detuvo al pasar a mi lado.

—Y, vosé, entao... — me guiñó: — Para usted te digo, que sos o bon patrón do Olivera... A Cirila... ¡dale, no más!... É muito bonitinha!

El muchacho no era egoísta, como se ve.

Pero la Cirila no estaba ya a gusto en casa. No hay, por lo demás, ejemplo allá de una sirvienta de la cual se haya estado jamás seguro. Por a o b, sin motivo alguno, o por simple espíritu nómade, un buen día quieren irse. Es un deseo fulminante e irresistible. Como decía una vieja señora: "les viene como la necesidad de hacer pichí; no hay espera posible".

Nuestra muchacha también se fué; pero no al día siguiente de su decisión, como hubiera sido su deseo, porque esa misma noche fué mordida por una víbora.

Esta víbora era un animalito cuya piel de muda hallé

entre dos troncos en el mismo bananal de casa, el llegar allá cuatro años. Iba seguramente de pasada, porque nunca la encontré; pero sí vi con sobrada frecuencia a su cría que dejó en los alrededores, en forma de siete viborillas que maté en la meseta, y todas ellas en circunstancias poco tranquilizadoras para mis chicos.

Tres veranos consecutivos duró la matanza. El primer año tenían 35 centímetros; el tercero alcanzaban a 80. La madre, a juzgar por el pellejo, debía de ser un ejemplar magnífico.

La niñera de casa, que iba con frecuencia a la población cercana, había visto un día a la víbora cruzada en el sendero. Muy grande — decía ella — y con la cabeza chica.

Dos días después de esto, mi perra foxterrier, rastreando a una perdiz en el mismo paraje, había sido mordida en el hocico. Muerta, en 17 minutos.

La noche del caso de Cirila, yo estaba en San Ignacio — adonde iba de vez en cuando. Olivera llegó a la disparada a decirme que una víbora había picado a Cirila. Volamos allá, a caballo, y hallé a la muchacha sentada en el escalón del comedor, gimiendo con el pie entre las manos.

En casa le habían ligado el botillo, y habían tratado de inyectar permanganato. No es fácil, sin embargo, darse cuenta de la resistencia que a la entrada de la aguja, ofrece un talón convertido en piedra por el edema. Examiné la mordedura, en la base del tendón de Aquiles. Yo esperaba ver los dos clásicos puntitos de los colmillos — más o menos juntos, pero siempre muy cerca. Los dos agujeros esos, de que corrían babeando dos cintas de sangre, estaban a tres centímetros uno de otro; casi dos dedos. La víbora, pues, era enorme.

Cirila se llevaba la mano del pie a la cabeza, y se sentía mal. Hice cuanto podía hacer: ensanche de la herida, presión, gran lavaje con permanganato, y alcohol a fuertes dosis.

Entonces no tenía suero; pero había intervenido en dos

casos de mordedura de víbora con derroche de caña, y confiaba mucho en su eficacia.

Acostamos a la muchacha, y Olivera se encargó del alcohol. A la media hora la pierna estaba hinchada hasta la rodilla, y Cirila — quiero creer que no estaba descontenta del tratamiento — no cabía en sí de dolor y borrachera. Gritaba sin cesar, enardecida de alcohol, y repetía sin cesar las mismas cosas:

—Me picó!... Víbora negra!... Víbora maldita!... Ay!... No me hallo con esta picadura!... Me picó... Víbora maldita!... No me hallo!...

Olivera, de pie con las manos en los bolsillos, miraba a la enferma y asentía a todo con la cabeza. De vez en cuando se volvía a mí, murmurando:

—E barbaridade!...

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Cirila estaba fuera de peligro inmediato, aunque la hinchazón proseguía. Desde la madrugada Olivera se había mantenido a la vista del portoncito, ansioso de comunicar nuestro triunfo. Yo alcanzaba a oír sus finales de confiada seguridad:

—O patrón... hay para ver! Iste sí que es un home!... ¡Dale caña y pirganato! Aprendé para usted.

La viborita, sin embargo, era lo que me preocupaba, pues mis chicos cruzaban a menudo el sendero.

Después de almorzar fui a buscarla. Su guarida, digamos consistía en un pastizal enclavado en la piedra, y cuyo espartillo diluviano llegaba a la cintura. Jamás había sido quemado.

Si era fácil hallarla buscándola bien, más fácil era pisarla. Y colmillos de dos centímetros de largo no halagan, aun con strom-boot.

Como calor y viento norte, la siesta no podía ofrecer más. Llegué al lugar, y apartando las matas de espartillo una por una con el machete, avancé. Lo que se ve en el fondo, entre

mata y mata, es un pedacito de tierra sombría a una cuarta de los pies. Y nada más. Otro paso, otra inspección con el machete, y otro pedacito de tierra durísima. Así poco a poco.

Pero la situación nerviosa, cuando se está seguro de que de un momento a otro se va a hallar al animal, no es desdeñable. Cada paso me acercaba más a ese instante, porque no tenía duda ninguna de que el animal vivía allí — y con ese sol, no hay yará capaz de salir a lucirse.

De repente, al apartar el espartillo, y sobre la punta de las botas, la vi. Sobre un fondo oscuro del tamaño de un plato, la vi pasar rozándome.

Ahora bien: no hay cosa más larga, más eternamente larga en la vida, que una víbora de metro y medio que va pasando por pedazos, diremos, pues yo no veía sino lo que me permitía el claro abierto con el machete.

Pero como placer, muy grande. Era una yáracusú, — el más robusto ejemplar que yo haya visto—e incontestablemente la más hermosas de las yáracús, que son a su vez las más bellas entre las víboras, a excepción de las de coral. Sobre el cuerpo bien negro, se cruzan en ancho losanje bandas de color oro. Negro y oro; ya se ve. Además, la más venenosa de todas las yáracús.

La mía pasó, pasó y pasó. Cuando se detuvo, se veía el extremo de la cola. Volví la vista en la lejana dirección probable de la cabeza, y la vi a mi costado, alta y mirándome fijo. Había hecho una curva, y estaba inmóvil, observando mi actitud.

Cierto es, la víbora no tenía deseos de combate, como jamás los tienen con el hombre, por lo demás. Pero yo los tenía, y muy fuertes. De modo que dejé caer el machete para quebrarle solamente el espinazo, a efectos de la conservación del ejemplar.

El machetazo fué de plano, y nada leve. Como si nada hubiera pasado: el animal se tendió violentamente en una especie de espantada que la alejó medio metro, y quedó otra vez inmó-

vil a la expectativa, aunque esta vez con la cabeza más alta. Mirándome, cuanto es posible figurarse.

En campo limpio, ese duelo un sí es no es sicológico, me hubiera entretenido un momento más; pero hundido en aquella maleza, no. En consecuencia descargué por segunda vez el machete, esta vez de filo, para alcanzar las vértebras del cuello. Con la rapidez del rayo, la yararacusú se enroscó sobre la cabeza, ascendió en tirabuzón en relámpagos nacarados de su vientre, y tornó a caer muerta, distendiéndose lentamente.

La llevé a casa; tenía un metro sesenta, muy bien contados. Olivera la conoció en seguida, por más que la especie sea más bien rara en esa parte de Misiones.

—Ah, ah!... Yararacusú!... Ya me tenía pensado!... No foz-do-Iguassú tengo matadas barbaridade!... Bonitinha, a condenada!... Para mi colección que te va a gustar, patrón!

En cuanto a la enferma, al cabo de cuatro días caminaba, bien que mal. Al hecho de haber sido mordida en un región poco rica en vasos, y por una víbora que dos días antes había vaciado parcialmente sus glándulas en la foxterrier, quiero atribuir la bondad del caso. Con todo, tuve un poco de sorpresa al extraerle el veneno: tenía aún 42 gotas de veneno, 21 en cada glándula.

Olivera no manifestó el menor desagrado por la ida de la muchacha. La vió alejarse con su atadito de ropa cruzando por el potrero, renga aún.

—Es una buena minina — dijo señalándola con el mentón. — Algún día voyme a casar con ella.

—Bien hecho — le dije.

—I entao?... Vosé no precisará más andar con o revólver pim! pam!

A pesar de sus servicios hechos a algún compañero sin plata, mi peón no gozaba de gran simpatía entre ellos. Un día lo mandé a buscar un barril al pueblo, para lo cual lo menos

que se necesita es un caballo, si no el carrito. Olivera se encogió de hombros, y se fué a pie. El almacén adonde lo enviaba quedaba a una legua de casa, y debía atravesar el pueblo. En el mismo pueblo lo vieron pasar de vuelta con el barril, en cuyos costados había clavado dos clavos, y asegurado en ellos un doble alambre, a guisa de pértigo. Arrastraba el barril por el suelo, tirando tranquilo de él.

Una alegre maniobra de éstas, y andar de pie cuando se tiene caballo, desacreditan fuertemente a un mensú.

*
* *

A fines de Febrero le encomendé el rozado total del monte, bajo el cual había plantado yerba. A los pocos días de comenzar, vino a verme un albañil, un ciudadano alemán de Francfort, de color canceroso y tan lento para hablar como para apartar los ojos, una vez que los había fijado. Me pidió mercurio para descubrir un entierro.

La operación era sencillísima: en el lugar presunto se escavaba un poco el suelo y se depositaba en el fondo el mercurio envuelto en un pañuelo, rellenando luego el hueco. Encima, a flor de tierra, se depositaba un pedazo de oro — la cadena del albañil, en esta circunstancia.

Si había allí efectivamente un entierro, la fuerza del tesoro atraía al oro, que era devorado entonces por el mercurio. Sin mercurio, nada qué hacer.

Le dí el mercurio, y el hombre se fué mirando de reojo el suelo.

En Misiones, y en todo el norte ocupado antiguamente por los jesuítas, es artículo de fe el hecho de que los padres, antes de su fuga precipitada, enterraron monedas y otras cosas de valor. Raro es el habitante de la región que no haya tentado una vez desenterrar un tesoro, un *entierro*, como di-

cen allá. Muchas veces hay indicaciones precisas: un montón de piedras, allí donde no las hay; un vieja viga de lapacho, en tal poco habitual postura; una columna de arenisca abandonada en el monte, etc.

Olivera, que volvía del rozado a buscar una lima para el machete, fué espectador del incidente. Oyó con su sonrisita, y no dijo nada. Solamente cuando se iba al yerbal se dió vuelta a decirme:

—O alemán loco... ¡Aquí está o tesoro! Aquí, no pulso! — y se apretaba la muñeca.

Por esto pocas sorpresas fueron más grandes que la mía, la noche que Olivera entró bruscamente en el taller a invitarme a ir al monte. Tenía una fisonomía curiosa, mitad ironía y mitad ansia.

—Esta noche — me dijo en voz baja — voy a sacar para mi entierro... Encontré uno d'eles.

Yo estaba haciendo no sé qué; cepillando, creo, un tablón de lapacho. Si el trabajo no me urgía, me interesaba mucho en cambio saber qué misterioso vuelco de la fortuna había transformado en un creyente a un escéptico científico de aquella talla. Pero yo desconocía a mi Olivera. Me miraba sonriendo, los ojos muy abiertos en una luz casi provocativa de iluminado, probándome el afecto que de algún modo sentía por mí:

—Pst!... para os dois... Es una piedra blanca, la no yerbal... Vamos a repartir.

¿Qué hacer con aquel tipo? El tesoro no me tentaba, pero si los cacharros que pudiera hallar, cosa bastante frecuente. Le desée pues buena suerte, pidiéndole solamente que si hallaba una linda tinaja, me la trajera sin romper. Me pidió mi Collins y se lo dí; con lo que se fué.

Salí hasta la puerta. El paseo tenía para mí gran seducción, pues una luna de Misiones, penetrando en las tinieblas del monte, es el espectáculo más hermoso que sea posible ver.

Estaba asimismo cansado de cepillar, por lo que decidí acompañarlo un rato.

El *trabajado* de Olivera quedaba a mil quinientos metros de casa, en la esquina sur del monte. Caminamos uno al lado del otro, yo silbando, él callado, aunque con los labios extendidos hacia la copa de los árboles, según su costumbre.

Al llegar a su sector de trabajo, Olivera se detuvo, prestando oído.

El yerbal — al pasar súbitamente de la oscuridad del monte a aquel claro inundado de luz blanca — daba la sensación de un páramo. Los troncos recién tumbados y tendidos en el suelo, se duplicaban en sombra nítidamente recordada, por la violencia de la luz de costado. Las plantitas de yerba, duras de sombra en primer término, de un ceniza aterciopelado en el fondo, se erguían inmóviles, brillantes, de rocío

—En tao... — me dijo. — Voy a ir sólo. ●

La único que parecía preocuparle era algún posible ruido. Por lo demás, deseaba evidentemente estar solo. Con un "Hasta mañana, patrón" se internó cruzando el yerbal, de modo que lo vi largo rato saltar por encima de los árboles volteados.

Volví, retardando el paso en la picada. Después de un denso día de verano, cuando apenas seis horas atrás se ha sufrido de fotofobia por la luz enceguedora, y se ha sentido la almohada más caliente en los costados que bajo la propia cabeza, a las diez de la noche de ese día toda gloria es pequeña ante la frescura de una noche de Misiones.

Y ésa, sobre todo, era extraordinaria, bajo una picada de monte muy alto, casi virgen. Todo el suelo, a lo largo de ella y hasta el límite de la vista, estaba cruzada al sesgo por rayas de blancura galvánica, tan viva que en las partes oscuras, la tierra parecía faltar en negro abismo. Arriba, a los costados, sobre la arquitectura sombría del bosque, largos triángulos de plata

descendían, tropezaban en un tronco, corrían hacia abajo en un reguero helado. El monte altísimo y misterioso, tenía una profundidad fantástica, calado de luz oblicua como catedral gótica. En la profundidad de ese ámbito rompía a ratos, como una campana, el lamento convulsivo del urutaú.

Caminé aún, cada vez más despacio, sin decidirme a llegar a casa. Olivera, entretanto, se rompería las uñas contra la tierra. Que sea feliz — me dije.

* * *

Pues bien: es ésta la última vez que he vuelto a ver a Olivera. No apareció ni a la mañana siguiente, ni a la otra, ni nunca más. Jamás he vuelto a saber una palabra de él: Me informé en el pueblo, pues no tenía amigo alguno particular. Nadie lo había visto, ni sabía qué se había hecho mi peón. Escribí al Foz-do-Iguassú, con igual resultado.

Esto más: Olivera, como lo he dicho, era formal como nadie en asuntos de dinero. Yo le debía \$ 7.50, pues no había concluido su semana. Si le hubieran entrado súbitos deseos de cambiar de aire esa misma noche, jamás lo hubiera hecho sin arreglar primero su cuenta.

Pero qué se hizo, entonces? ¿Qué tesoro puede haber encontrado? ¿Cómo no dejó rastro alguno, en el Puerto Viejo, en Itacurubí, en la Balsa, donde sea que se hubiere embarcado?

No lo sé aún, ni creo que lo sepa jamás. Pero si sé que hace tres años tuve una impresión muy desagradable, en el mismo yerbal que Olivera no concluyó de desmontar.

La sorpresa es ésta: Como había abandonado un año entero la plantación, por razones que nada tienen que ver acá, el rebrote del monte había encorsetado, asfixiado las jóvenes yerbas. El peón que mandé allá, volvió a decirme que por el precio convenido no estaba dispuesto a hacer nada — menos

aún de lo que suelen hacer, por poco que el patrón no sepa él mismo lo que es un machete.

Aumenté el precio, cosa muy justa, y mis hombres comen- zaron. Eran una pareja; uno tumbaba, el otro desgajaba. Du- rante tres días el viento sur me trajo, duplicado por el eco del bosque, el golpeteo incesante y un poco lamentable del hacha. No había tregua, ni aún a medio día. Acaso sé tur- naran. En caso contrario, el brazo y los riñones del que ma- nejaba el hacha, no eran despreciables.

Pero al concluir ese tercer día, el peón del machete, con quien había tratado, vino a decirme que recibiera el rozado, porque no quería trabajar más con su compañero.

—Por qué? — le pregunté extrañado.

No pude obtener nada concreto. Al fin me dijo que su compañero no trabajaba *solo*.

Entonces comprendí. Trabajaba en yunta con el diablo. Por eso no se cansaba nunca, y por eso no le agradaba al del machete la sociedad con un compañero que se llevaba la mayor parte de la ganancia.

No objeté nada, y fui a recibir el trabajo. Apenas vi al societario infernal, lo conocí. Muchas veces había pasado a caballo por casa, y siempre había admirado, para ser él un simple, peón el lujo de su indumentaria y la de su caballo. Además, muy buen mozo, y una lacia melena aceitada de compadre del sur. Llevaba siempre el caballo al paso. Jamás se dignó mirarme, aunque yo era entonces más que un simple particular allá.

Lo vi de cerca, pues. Como trabajaba sin camisa, com- prendí fácilmente que con aquel torso de atleta, en poder de un muchacho sobrio, serio y magníficamente entrenado, se podían hacer prodigios. Melena, nuca pelada, paso provocativo de caballo y demás, todo desaparecía allí en el monte en aquel muchacho sudoroso de sonrisa infantil.

Tal era, en su ambiente, el hombre que trabajaba con el diablo.

Se puso la camisa, y con él recorrí el trabajo. Como él *solo* concluiría en adelante de desmontar el yermal, lo recorrimos en su totalidad. El sol acababa de entrar, y hacía bastante frío, — el frío de Misiones que cae junto con el termómetro y con la tarde. El extremo suroeste, lindante con el campo, nos detuvo un momento, pues no sabía yo hasta dónde valía la pena limpiar esa media hectárea en que las yerbas habían muerto casi todas.

Eché una ojeada al volumen de los troncos, y más arriba al ramaje. Allá arriba, en la última horqueta, de un ivirapitá, vi entonces una cosa rara; dos cosas negras, largas. Algo como nido de boyero. Sobre el cielo se destacaban muy bien.

—Y eso?... — señalé al muchacho.

El hombre miró un rato, y recorrió luego con la vista toda la extensión del tronco.

—Botas — me dijo.

Tuve una sacudida, y me acordé instantáneamente de Olivera. Botas?... Sí. Estaban sujetas, el pie para arriba, enclavadas en la horqueta. Abajo, donde quedaban abiertas las cañas de las botas, faltaba el hombre, nada más.

No sé qué color tendrían a plena luz; pero a aquella hora, vistas desde la profundidad del monte, recortadas inmóviles sobre el cielo lívido, eran negras.

Pasamos un buen rato mirando el árbol de arriba a abajo y de abajo a arriba.

—Se puede subir? — pregunté de nuevo a mi hombre.

Pasó un momento.

—No da... — respondió. — Está podre...

Hubo un momento en que no estuvo podrido, esto es evidente, y es cuando el hombre subió. Porque no es posible admitir que las botas estén allá arriba porque sí. Lo lógico, lo único posible de admitir, es que un hombre *que calzaba botas* ha subido a observar, a buscar una colmena, cualquier cosa. Ha clavado sin darse cuenta demasiado los pies en la horqueta,

y de pronto, por lo que no se sabe, ha caído para atrás, golpeando la nuca contra el tronco del árbol. El hombre ha muerto en seguida, o ha vuelto en sí luego, pero sin fuerzas para recogerse hasta la horqueta y desprender sus botas. Al fin — tal vez más tiempo del que uno se cree — ha concluido por quedar quieto, bien muerto. El hombre se ha descompuesto luego, y poco a poco las botas se han ido vaciando, hasta quedar huecas del todo.

Allá estaban siempre, bien juntas, heladas como yo en el crepúsculo de invierno.

No hemos hallado el menor rastro del hombre al pie del árbol, esto va de sí.

*
* *

No creo, sin embargo, que aquello hubiera formado parte de mi viejo peón. No era un trepador, él, y menos de noche. Quién trepó, entonces?

No sé, de nuevo. Pero a veces, aquí en Buenos Aires, cuando al golpe de un día de sol, siento el hormigueo de los dedos buscando el machete, pienso entonces que un día u otro voy a encontrar inesperadamente a Olivera; que voy a tropezar con él, aquí, y que me va a poner sonriendo la mano en el hombro:

—Oh patrón velho!... Tenemos trabajado lindo con vosé, la no Misiones!

Haracio Lavigne

Médicos famosos dicen que este descubrimiento prodigioso marca el advenimiento de una nueva raza de

Mujeres Hermosas y Hombres de Acero.

Se ha comprobado que con el uso de este producto en el término de dos semanas aumenta en 200 por ciento la fuerza y resistencia de personas delicadas, nerviosas y quebrantadas.

HIERRO NUXADO



SE DESPACHA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

UNICO IMPORTADOR:

LUIS F. MILANTA - Rivadavia 1255 - Buenos Aires

MINSOL

Es el desinfectante predilecto de las Señoras en su toilette íntima; lo comprueba su gran aceptación. El que conoce el

MINSOL

no usa otro desinfectante.

Usando el MINSOL como antiséptico, no hay temor a infección.

Actualmente lo han adaptado los principales Hospitales y Sanatorios siendo la prueba más elocuente de su bondad.

Pedidos a todas las Droguerías y Farmacias.



El "MINSOL" puede emplearse sin peligro por médicos, parteras, enfermeros, veterinarios y el público en general, pues aún en el caso del abuso, su no causticidad aleja todo peligro.—Se disuelve totalmente y en todas proporciones en el agua y su olor agradable hace de él un desodorizante eficaz.